



“Personajes contrastantes”

p. 171-178

Álvaro Matute

Aproximaciones a la historiografía de la Revolución Mexicana

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2005

190 p.

(Serie Teoría e Historia de la Historiografía 4)

ISBN 970-32-2780-5

Formato: PDF

Publicado en línea: 10 de diciembre de 2019

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/449/aproximaciones.html>

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



Personajes contrastantes

De la Revolución al ingenio¹

El gran crítico literario Northrop Frye establece que “la invectiva es una de las formas más amenas del arte literario, así como el panegírico es una de las más aburridas” y fundamenta su aserto destacando “el hecho de que nos guste oír hablar mal de la gente y de que nos aburre oír cómo la alaban”. Utilizo esta idea como punto de partida, prácticamente como epígrafe, para expresar mi impresión en torno al libro de Pedro Salmerón Sanginés sobre el general y licenciado Aarón Sáenz Garza. Debo, antes que nada, destacar dos cosas: el libro está hecho a petición de parte, es decir, de los descendientes del personaje, y no fue escrito con el propósito, por parte del autor, de obtener un grado académico, que es casi lo habitual tratándose de historiadores jóvenes. En efecto, Pedro Salmerón Sanginés no obtuvo con este trabajo el grado que le toca en su futuro inmediato, esto es, el doctorado, sino algo más intangible: una carta de reconocimiento a su profesionalidad. Por eso subrayo que el libro fue hecho a petición de parte a lo que agregó que, según me consta, dejó satisfechos a sus patrocinadores.

Ahora viene el punto que deriva de la mención a Northrop Frye. Pedro Salmerón corría el grave peligro de incurrir en el panegírico para cumplir con lo dicho arriba y producir un trabajo sólo para el consumo familiar, pero como se trataba de hacer un texto para el público, si se parte de la idea de que los lectores esperan la invectiva, el libro también se antojaría imposible. Así, Salmerón se quedó en medio del camino, por lo cual también llamo la atención sobre el hecho de que no se trata de una tesis, porque si bien hay muchas que caen en el mencionado panegírico, los rigores del trabajo académico recomiendan evitarlo, como de hecho lo hizo el autor al abordar la vida y circunstancia de su personaje.

¹ Pedro Salmerón Sanginés, *Aarón Sáenz Garza. Militar, diplomático, político, empresario*, México, Miguel Ángel Porrúa, librero-editor, 2001, 315 p.

172 APROXIMACIONES A LA HISTORIOGRAFÍA DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

Otra reflexión preliminar que viene a cuento es la que corresponde al asunto del género biográfico. No se trata aquí de especular si en México ha aterrizado bien o no la historia de la vida de nuestros predecesores. Yo pienso que sí, pero poco. Podría citar la obra ejemplar de Luis Castillo Ledón sobre Hidalgo y las varias de José Fuentes Mares sobre diversos personajes sobre todo del siglo XIX, para rematar con los afanes de Enrique Krauze y sus biografías del poder. También pienso que la biografía es una manera natural de provocar interés en la historia, es un género favorecedor, pero peligroso en el sentido de que puede incidir en el traído y llevado panegírico y en su antípoda, la invectiva. (Recuérdense los “Juárez” de Bulnes.)

Pedro Salmerón Sanginés acude a un modelo que no podía ser otro que el que le proporciona el gran biógrafo de los revolucionarios soviéticos Trotsky y Stalin, Isaac Deutscher, Gracias al acto de seguir tal modelo, la caída en el panegírico y la invectiva se puede evitar. Ahora la pregunta es ¿cómo?

Se vive en la historia, independientemente del grado de participación que tenga cada uno en la historia. La historia rodea y enmarca la vida de las personas y le da sentido. La historia se vive en su mayoría en sentido pasivo, pero puede haber momentos en los que lo activo tiene un peso mayor y se logra tener trascendencia hacia la historia. Entonces se es protagonista. Se es personaje y no sólo persona.

Aarón Sáenz está en esa dimensión, con un agregado más. Es uno de esos personajes que respetuosamente llamo de segunda fila. Esto es fácil de entender, si se piensa que en la primera fila estaban Carranza, Obregón, Calles, etcétera. La biografía de estos personajes es muy importante, pero resulta proclive a caer en la antinomia fryeana, precisamente por tratarse de ser hombres que centraban en ellos el poder. Los de segunda fila participan de él con ellos, pero la historia misma les da la oportunidad de no estar en escena durante toda la obra. Tienen entradas y salidas que les quitan atención pero que permiten afinar más las preguntas sobre esas entradas y salidas. Un buen conocimiento de la historia lo da la trayectoria vital de un personaje de la fila dos, porque entre otras cosas, tiene la virtud de sobrevivir a su número uno o cambiarlo por otro, o verlos pasar simplemente. Muchos de ellos ejecutan lo que deciden los de la uno y al hacerlo y conocer nosotros esos actos, tenemos la oportunidad de profundizar en ellos mejor que si lo hiciéramos en el examen de los personajes de primera fila. Y otro aspecto es el que se refiere al destino de estos personajes, que nunca dejarán de estar colocados en su sitio hasta el final, ya sobrevenga por vía de la muerte trágica, el destierro, el abandono. Los

de segunda fila no comparten el destino trágico de los primeros. La vida les ofrece más alternativas, aunque el número de calles con su nombre sea infinitamente menor que el de aquéllos, o ni siquiera lo tengan.

Todo esto y más surge cuando se enfrenta a un libro como el que nos ocupa ahora. Aarón Sáenz fue militar, diplomático, político y empresario. Cuatro actividades a las que lo llevaron las circunstancias del país en cuya trayectoria él mismo incidió y que Pedro Salmerón Sanginés recupera con toda la profesionalidad e inteligencia requeridas. El libro es un entretejido de la vida de Sáenz y la historia de su México, desde su circunstancia natal hasta su muerte. El biógrafo se ve obligado a transitar por varios géneros, comenzando en este caso en la historia local del Monterrey que compartiera don Aarón con Alfonso Reyes hasta las alturas de la industria azucarera en los mejores momentos de su historia, atravesando un largo camino que improvisa en militar al estudiante de leyes y hace que se desarrolle al lado del general victorioso por antonomasia. Con la paz, las armas dejan lugar al hombre de inquietudes políticas que, por tenerlas y destacar en ellas, se ve empujado a esa suerte de exilio elegante que es para muchos la misión diplomática. El licenciado Sáenz, si bien deja un cierto tono amargo en su correspondencia, se involucra en la vida de Río de Janeiro y trabaja para dar presencia a México en Brasil, pero sin dejar de tener un ojo en la sucesión presidencial de Carranza, cuya solución lo hace regresar a su país a ocupar la subsecretaría de Relaciones Exteriores al lado de Alberto J. Pani, como titular, y de Genaro Estrada como oficial mayor en el momento en que se reorganiza dicha dependencia del Ejecutivo federal y le toca en suerte participar en momentos álgidos de las relaciones entre México y Estados Unidos. Más tarde, el ascenso a secretario, que le permitirá permanecer en esa categoría en el tránsito de un gobierno a otro.

Aarón Sáenz llegará a ascender al primer plano político (sin que esto contradiga su ubicación en la segunda fila) para convertirse en una de sus figuras centrales al final de los años veinte, que lo llevan a la gubernatura de Nuevo León, y en los treinta a la jefatura del Departamento del Distrito Federal. Vive entonces los vaivenes del Maximato en cuyo inicio levanta para ser precandidato presidencial en 1930. Su ubicación en dicho primer plano avanza hasta la ruptura entre los generales Calles y Cárdenas, cuando se ve precisado a dejar la jefatura del Departamento del D. F.

En los capítulos respectivos, así como en toda la obra, se advierte el manejo que desarrolla Salmerón del entretejido historia/vida de Sáenz. Ese manejo implica las entradas y salidas de Sáenz del relato

174 APROXIMACIONES A LA HISTORIOGRAFÍA DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

historiográfico, aunque en rigor, no sale sino que más bien tiene acercamientos y alejamientos, así como movimientos que hacen que los escenarios cambien. La profesionalidad del autor se nota en la manera como el primer plano lo ocupa lo que convencionalmente llamamos historia nacional, con la aparición de Sáenz como uno de sus protagonistas, lo que le obliga a permanecer más tiempo en la escena. La inmersión en el mundo político abarca los años que van del final de la etapa armada de la Revolución hasta la consolidación del presidencialismo cardenista.

Después viene la faceta empresarial de Sáenz en la cual es un indiscutible número uno, pero, para su fortuna, los empresarios no están en la primera fila de la atención pública, por lo cual, la investigación emprendida por Salmerón Sanginés se va a las profundidades de los archivos de los que surge una sólida y consistente información que presenta a don Aarón Sáenz como productor de caña, constructor de ingenios, organizador de la industria azucarera y de ahí su derivación a la banca. El empresario Sáenz es un ejemplo, tal vez uno de los más representativos, si no el que más, de los antiguos revolucionarios devenidos hombres de negocios. Aquí Salmerón sorteaba desde luego el campo más amplio de la historia nacional para entrar en aspectos regionales, agrícolas, económicos y, en general, contextuales, que enmarcan la presencia de Sáenz e ilustran la manera en que Sáenz los mueve.

Sin siquiera tocar lo panegírico, sí se da una suerte de apoteosis final cuando se abre el tema hacia la acción filantrópica que lo mismo apoya el buen desarrollo de la ópera en México, en esa época dorada en que María Callas y Giuseppe Di Stefano hacían las delicias de los melómanos, o bien apoyaba al licenciado Manuel González Ramírez en su exitosa tarea al frente del Patronato de la Historia de Sonora, que publica la imprescindible serie de fuentes para la historia de la Revolución que incluye planes, manifiestos, caricaturas, documentos sobre Cananea y la reedición de los *Ocho mil kilómetros en campaña*, de Obregón. Salmerón recoge el hecho de cómo Sáenz fue el arquitecto que logró sacarle al general Francisco L. Urquiza el prólogo a este libro, lo cual representa un acto simbólico de conciliación revolucionaria.

La vida de un hombre como Aarón Sáenz Garza representa algo más que una simple trayectoria de vida. Como la de muchos otros, ilustra el camino recorrido por personas que en sus primeros años no imaginaban que iban a participar en un movimiento armado, que los proyectaría hacia la cúspide del poder y que desde ahí incursionarían en otros ámbitos con tanto o más éxito que en lo primero. Eso, por lo

que toca a lo representativo, a lo que implica a su generación. Queda, por contraparte, lo específico. El hombre concreto Aarón Sáenz Garza que nos indica que las cosas fueron precisamente así. Que si se generaliza, ocurre porque las cosas pasaron del modo en que a él le pasaron. Que se nos permite generalizar pero bajo promesa de no olvidar que la historia se hace de una manera específica. Ahí está la vida de este personaje, recuperada en la justa dimensión en la que debe estar colocada. La prueba fue sorteada con éxito. Ni panegírico ni investiva: una historia entretejida con la del país que permitió que se diera así esa vida.

El romántico rebelde²

La vida y la actuación pública de personajes que, sin intentar disminuirlos, se pueden catalogar de segunda fila, resulta por lo menos tan interesante como la de los que ocupan un lugar en la primera. Francisco J. Múgica es uno de los grandes personajes de la segunda fila de la Revolución Mexicana, que inclusive pudo llegar a la primera. Puede haber, si se quiere, segunda fila “a” y “b”. Múgica es de la segunda “a”. La actuación de los de primera fila puede resultar poco clara si no se atiende a los que estaban cerca de ellos. Estos personajes, en sus campos más restringidos, son dueños de primeras filas indiscutibles, como en el caso de Múgica, el Congreso Constituyente de 1916-1917, el gobierno de Michoacán, el cardenismo activo, para citar tres de los ámbitos del general michoacano en los que destacó por mérito propio y en los que dejó marcada impronta. Javier Moctezuma Barragán es autor y compilador de un libro que contiene más de seiscientas páginas de documentos relativos a la actuación revolucionaria del general Múgica y alrededor de setenta y cinco de texto introductorio. Con esta labor, el lector tiene un libro que le permite conocer con cercanía y hasta intimidad al revolucionario michoacano.

Tenemos, pues, dos ámbitos bien diferenciados, aunque obviamente relacionados: el cuerpo documental y el estudio introductorio. Éste remite a aquél, pero ambos reclaman su independencia con respecto del otro. Los documentos, divididos en diez secciones, constituyen un buen repaso por la trayectoria pública de Múgica, a saber, el revolucionario, el constituyente, el gobernante constitucionalista en

² Francisco J. Múgica. *Un romántico rebelde*, presentación, estudio introductorio y selección de Javier Moctezuma Barragán, México, Fondo de Cultura Económica, 2001.



Tabasco y constitucional en Michoacán y Baja California Sur; el militar, el perseguido político —sobre todo de Obregón—; el servidor público, que ocupó una larga lista de cargos que llegaron hasta la titularidad de dos secretarías de Estado y la dirección del penal de las Islas Marías, especie de semiexilio; el siempre atractivo de candidato o precandidato presidencial; la aura legitimadora del disidente, para finalizar con un Múgica íntimo y otro histórico, de acuerdo con la nomenclatura propuesta por el autor/compilador Moctezuma Barragán.

Sin menoscabo de su trabajo, ayuda mucho el hecho de que el general formó un amplio y riquísimo archivo que sus deudos ordenaron, conservaron e integraron al acervo que guarda en Jiquilpan, Michoacán, los papeles del general Lázaro Cárdenas del Río. Así que las más de seiscientas páginas de documentos son apenas una muestra de lo que puede verse en un amplio y rico archivo que ha nutrido ya importantes investigaciones, de las que resultan beneficiados los dos divisionarios michoacanos.

Como todos los personajes, en este caso, de las dos filas, su conocimiento partió de libros hagiográfico-descriptivos, como, para Múgica, los de don Armando de María y Campos y Magdalena Mondragón, que fueron escritos en los años cincuenta. Medio siglo después, o casi, ya hay tesis, investigaciones originales, ponencias, artículos, en fin, toda una gama de trabajos que iluminan más las partes que el todo biográfico de Múgica. Este libro y el reciente de Anna Rivera Carbó se inscriben en esta categoría.

Moctezuma Barragán, pese a no escribir una biografía formal del general, la suple tanto con el ordenamiento documental como, sobre todo, con el amplio estudio introductorio, cuya estructura narrativa, muy acertada según mi apreciación, a pesar de aludir a una parte, remite al todo de Múgica. Podría decirse que es una sinécdoque lograda, ya que esa parte resulta esencial.

La ortodoxia historiográfica reclamaría el apego cronológico como norma para seguir la vida de un personaje que se involucra en distintas circunstancias. Moctezuma Barragán optó, en cambio, por tomar un día en la vida de Múgica, cuando se desempeñaba como director de la colonia penitenciaria de las Islas Marías, para remitirnos a toda su trayectoria vital, a todos los aspectos importantes que la constituyeron. Amparado en los casi obvios, pero funcionales, epígrafes de José Revueltas —*Los muros de agua*— pasa revista a la rutina de Múgica, desde el alba hasta el anochecer. El día del director del penal es revisado, incluso con minucia. Desde él, surge la remisión a una vida completa y compleja que retrata, ya al anticlerical respetuoso que convive

y alterna con la célebre Concepción Acevedo de la Llata, la Madre Conchita, que purgó prisión en las Islas Marías, coincidiendo con uno de los constituyentes que se distinguieron más por su jacobinismo, ya al impulsor del artículo tercero y del 123, que procuraba la regeneración de los presos mediante la educación y el trabajo. El pasado y el futuro de Múgica se conjugan en un presente que funciona como la mejor y más clara circunstancialidad del personaje.

Estar en las Islas Marías, no en calidad de preso, como Revueltas, por mencionar a algún famoso reo del penal, sino como director, hacía poca diferencia con los reclusos, en la medida en que los famosos “muros de agua” los rodeaban a todos. El carácter de director significaba que estaba ahí como funcionario del Maximato, protegido por Cárdenas pero perseguido por los restos del obregonismo, que lo había condenado a muerte. Calles no se hizo eco del anatema que le lanzó Obregón, no lo exoneró, pero tampoco lo persiguió con la saña que hubiera puesto en ello el Manco de Celaya. Sucede que hubo desavenencias entre Múgica y Obregón, que se habían entendido bien en los días de Querétaro, en el Constituyente, pero que en 1923-1924, el presidente de la República y el gobernador de Michoacán rompieron y la vida de Múgica pendió de un hilo. Moctezuma no da el dato, pero el general, en su huida a la capital del país, vivió oculto en la casa de un joven médico al que había elevado a rector de la universidad nicolaíta, Ignacio Chávez. Múgica vivía un cierto tipo de exilio, pero vivía. El futuro sería mejor para él. Obregón se encontraba bajo tierra a partir de julio de 1928, mientras que Lázaro Cárdenas ganaba espacios y tiempo. La cercanía entre ambos era cada vez mayor. Eso lo llevó a ser una de las piezas claves del régimen 1934-1940 y obvio candidato o precandidato de las izquierdas a la presidencia, que finalmente ganó el moderado Manuel Ávila Camacho. Y acaso después, la gubernatura del Territorio Sur de Baja California fue —en mejores condiciones— lo mismo de los “muros de agua”. Por lo menos, Baja California es península. Ahí se repitió, por cierto, un episodio semejante al de la Madre Conchita, ya que coincidió su gobierno con el establecimiento de la colonia sinarquista de Santa María Auxiliadora, encabezada por Salvador Abascal, a quien jamás hostilizó, sino, al contrario, le dio las facilidades que requería. El romántico rebelde, de Moctezuma Barragán, era tan caballero como quien fue presidente de la República en lugar suyo. Su honradez y su probidad impresionan. Al final, ya cuando sonaba el toque de silencio, Múgica rompió, junto con otros constituyentes de 1917, con el aparato oficial, para después ir a una oposición más activa, al apoyar a su homólogo el general Miguel Henríquez Guzmán



en su campaña electoral de 1952 en la que estaban comprometidos muchos de los más conspicuos cardenistas. Ya esa etapa tomó al michoacano de salida. Conservaba tal vez mucha de la energía de que siempre hizo derroche, pero ya la fuerza menguaba. Con el arribo de Adolfo Ruiz Cortines al poder, se retiró a Pátzcuaro, desde donde observaba el acontecer nacional.

El ensayo biográfico de Moctezuma Barragán está bien logrado, en la medida en que da los botones de muestra y, desde luego, los documentos avalan y hacen abundar en todo. Queda así bien apuntalada la construcción de una posible biografía mayor, deutscheriana, en la que todos los detalles se integren. Ojalá la escribiera el propio Javier Moctezuma, que ya dejó buen testimonio de lo que es capaz de hacer. Quienes proscriben la biografía como género no científico se pierden de una de las mejores claves para entender el acontecer político desde la mirada de un protagonista fundamental. Como buen personaje de la segunda fila nacional, permite la entrada a más intersticios que los de la primera. Ellos pronto llegan a la cima —tal vez con la interesante excepción del mismísimo general Cárdenas, cuyo ascenso a la primera fila fue paulatino— y muchas veces desde la cima se ve el panorama, pero se pierden los detalles. La vida del hombre de segunda fila lleva al biógrafo a esos detalles, que iluminan la construcción del encumbramiento de los de la primera línea. La vida de Francisco J. Múgica ilumina, como vida particular, la de tantos homólogos que tipifican al revolucionario, anticlerical educado en seminario, gobernante proclive al puritanismo, personaje al que le tocó estar en las buenas y en las malas y que, a diferencia de otros, dejó testimonio de su vida personal, de sus afinidades, de sus quereres, de lo que pensaba y sentía de sus parejas y de sus hijos. En fin, un Múgica completo, que enriquece el saber acerca de su tiempo.

El libro se complementa con una buena colección fotográfica. Hoy en día la imagen es imprescindible y la selección se antoja buena. Un reproche, más a los editores que al autor: este tipo de libro requiere de índice onomástico. Sin él no cumple con una de sus funciones básicas: después de la primera lectura, el manejo de más de seiscientas páginas de documentos sin índice es, por decir lo menos, deficiente. Pese a ello, el libro cumple con la doble función de ser un texto para la lectura y para la consulta, o sea que no se agota tras el primer contacto.